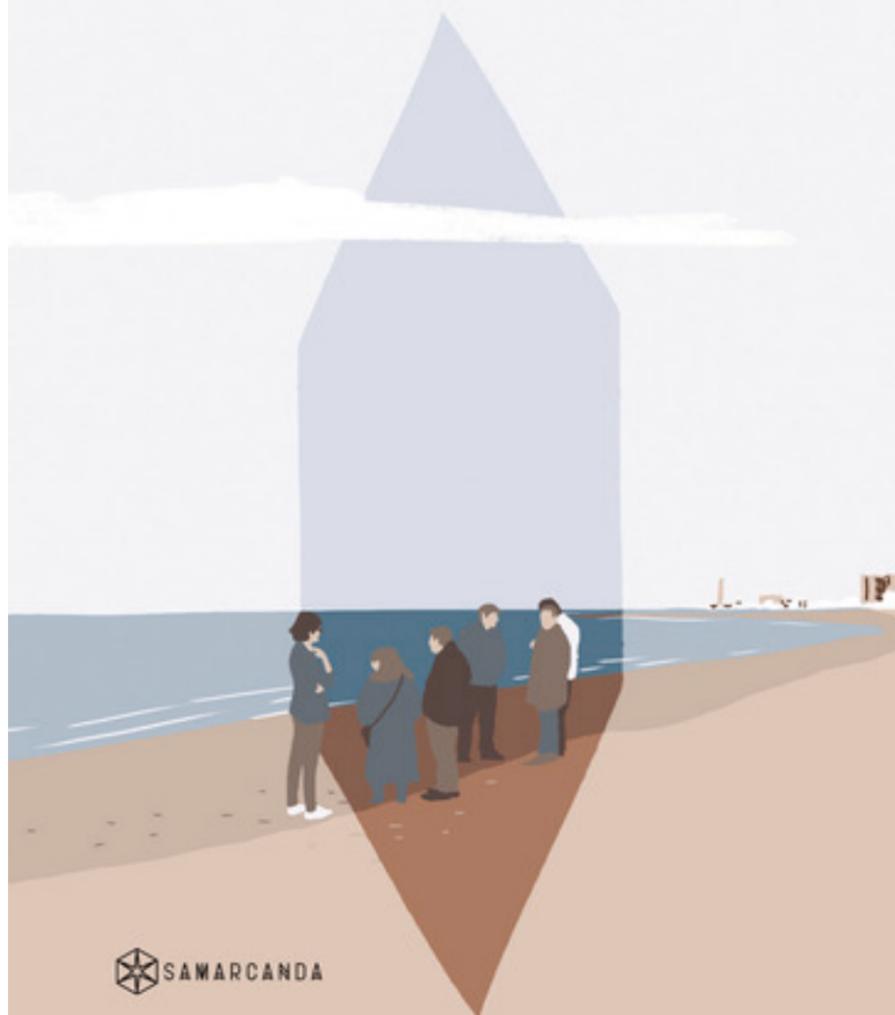


FRANCISCA PAULA OLIVARES BELLÓN

CONEXIÓN **CHIPIONA**



 SAMARCANDA

Puedo caminar entre bosques o sobre el asfalto, incluso puedo volar en líneas de bajo costo o navegar en cruceros multitudinarios hacia destinos impregnados de todo aquello que supone una delicia a mis sentidos. Aunque no siempre lo visualizo así, porque tanta gente a mi alrededor distorsiona el paisaje y el ambiente... En esas estoy: mi imaginación se desborda con tanta facilidad que nada resulta imposible... Paso tras paso observo el asfalto del camino que lleva hacia la casa de mis padres en el pueblo... Se aproxima un coche, debo subir a la acera... La bolsa con las compras de alimentos para la semana no es demasiado pesada, pero el surco que las asas de plástico dejan en la piel hace que vaya de una mano a otra... Ahora la izquierda, ahora la derecha: Lola la malabarista al ataque... Debo calibrar mejor el peso de las compras, que ya tengo una edad y hay que cuidarse... ¡Madre mía, los huevos!... Estas aceras tan estrechas y los salientes de las rejas de las ventanas entorpecen el tránsito... ¿A que al final rompo los huevos?... Puedo batirlos y transportarlos a la vez, pero mejor tengo cuidado que luego me tocará limpiar las otras compras... Uf, con lo pegajosas que son las claras... Lola, ten más cuidado.

Ya estoy en casa, ¡qué alivio!... Ni un huevo roto, así me gusta... Venga, mételo todo en la nevera... Ahora toca volver al estudio, pero no al estudio de un artista bohemio, no, vuelve a sentarte en la

mesa camilla frente al temario de las oposiciones a funcionaria del INSS: leyes, leyes y leyes, decretos y números barra mil números más, todo “muy ameno y didáctico”... ¿Por qué estudié Dirección y Administración de Empresas, para terminar viajando de acá para allá a las órdenes de distintas multinacionales?... ¡Qué hartura de negocios y de dinero!... Tengo la oportunidad de conseguir una plaza gracias a que hace quince años trabajé eventualmente para la Seguridad Social y, por eso, puedo añadir alguna puntuación reconocida de aquella época; además ha salido el doble de puestos que en oposiciones anteriores... Venga, Lola, ánimo que tú puedes... Espero tener suerte; por mi parte, estudiar diez horas diarias, incluidos sábados y domingos, es lo más que puedo hacer.

Quedan seis meses para los exámenes y aquí estoy, recluida en la antigua casa de mis padres, hincando los codos y aislada del mundo... A tus cuarenta y seis años has tenido el coraje de iniciar una nueva etapa llena de incógnitas y todo por el hartazgo de la vida que llevabas... Un día me miré en el espejo y, de repente, mientras me preparaba para ir al aeropuerto, pensé: “¿Qué estás haciendo con tu vida?, ¿disfrutas con lo que haces?, ¿te hace sentir bien?”. Las respuestas a las tres preguntas fueron: nada que me guste, no y no... Qué momento tan impensable unos meses antes... Entonces se me metió en la cabeza la idea de dejar el trabajo y pre-

sentarme a unas oposiciones para tener un lugar y un horario estables, para sentir la tierra bajo mis pies, para dejar los vuelos, los ordenadores portátiles a toda hora, las bases de datos y los altos ejecutivos ávidos de riqueza y poder; lo hiciste sin anestesia ni nada, ¡qué tremenda eres!... Menos mal que soy ahorradora y tengo para vivir unos cinco años sin ingresos. Ya ha pasado uno y, al tener vivienda gratis, he gastado mucho menos de lo que pensaba: afortunadamente mis padres, aunque no entienden lo que he hecho, me dejan la casa gratis y puedo tener calma y tiempo para estudiar... Venga, deja de darle vueltas a la cabeza y estudia, deja de darle vueltas al pasado y céntrate en lo presente.

Cuatro horas de sentada y estudio seguidas son suficientes por esta mañana... Voy a dar un paseo por la playa. Hoy hace un día perfecto y la marea está baja... Creo que no cumpliré las diez horas de estudio, pero, bueno, el sol y la brisa también son necesarios para despejarse y retomar el tocho de las oposiciones con renovado ímpetu.

De nuevo esa sensación de cosquilleo y alegría anticipada, como siempre que voy aproximándome al mar; decido verlo, oler las algas y la sal, humedecerme con las gotitas que el viento roba de la espuma de las olas, oír su melodía sin partitura.

Es entonces cuando ya todo me da igual, porque solo quiero estar allí, a su orilla, perdida en sensaciones tan gratas que alivian cualquier desespero, cualquier decreto barra número... Estoy llegando... Ya lo veo... Mis ojos se transforman y miran con su color, no hay diferencia: su verde es mi verde y su azul es mi azul. El cosquilleo y la alegría pasan a ser calma. La quietud se apodera tan de repente de mi ser que hasta los pasos parecen ser ajenos a los mandatos del cerebro. No necesito consciencia porque la orilla está bajo mis pies y ellos moldean una huella que el mar se encargará de borrar. Para el mar nada es perpetuo: él, en sus miles de millones de formas, nunca se reconoce a sí mismo, se crea y recrea segundo a segundo. Quiere que lo percibamos así, caótico a la vez que rítmico y furioso a la vez que amable.

Ahí vienen... El perro y su dueño se acercan; son los mismos que cada día deciden pasear a estas horas... Los llevo viendo desde hace bastante rato, allá, muy a lo lejos, porque la playa es inmensa y somos los tres los únicos que paseamos a estas horas en las que todos están en sus casas comiendo o reposando al calor del hogar. Creo que ellos y yo buscamos la soledad en nuestros paseos... En unos diez minutos nos cruzaremos y nos daremos las buenas tardes casi sin mirarnos; el perro emitirá unos siniestros gruñidos para desaprobarnos la presencia de otra persona en la playa que no sea la de

su dueño... Uy, hay algo que se sale de la normal... Sí... El paso es mucho más apresurado que de costumbre, sus figuras se acercan como si buscaran a algo o a alguien; el señor se adelanta al perro y con palabras atropelladas y confusas se dirige a mí sin mediar saludo... ¿Qué les habrá pasado?

—... Ha bajado y se ha clavado en la arena, lo he visto y es enorme... De cristal, o de cuarzo, no sé. Pero no puedo acercarme: los oídos... Cerca de él no puedo oír. Necesito un móvil, por favor, ¿puede dejarme el móvil? —la lividez de su rostro muestra estupor a la vez que sorpresa; de ser un hombre sonrosado y regordete ha pasado a ser una persona al borde de sufrir una lipotimia; además, el perro se sienta junto a mí con actitud humillada y en silencio.

—Tranquílcese... A ver, no entiendo nada de lo que me dice —dejo caer las manos sobre sus hombros—. No traigo el móvil, en eso no le puedo ayudar. ¿Podría explicar con más claridad lo que le ha pasado? —doy un paso hacia atrás dándole espacio y el perro aprovecha el movimiento para acercarse y ponerse a mis pies.

—Perdone, pero es que lo que acabo de ver me tiene confuso...

—Soy toda oídos, dígame.

—Estaba paseando..., bueno, eso ya lo sabe: nos vemos muy a menudo... He visto caer desde el cielo un objeto como de cristal que se ha clavado en la

arena, pero no ha caído, más bien se ha posado, no sé —un tic nervioso se apodera de su ojo izquierdo y demuestra aún más su estado de agitación—. Bueno, que cuando he querido acercarme a ese objeto, como a unos tres metros, he dejado de oír, nada, cero, ni el sonido de las olas..., y el perro se ha quedado con el rabo entre las patas sin decir ni mu, mirando al infinito, como si no estuviera en este mundo. Quería el móvil para avisar a la Guardia Civil, porque puede que sea algo peligroso... Tendré que acercarme al cuartelillo para poner la denuncia o algo así...

—¿Y dice usted que ese objeto está en la playa? Más o menos, ¿a qué distancia estará de aquí? —la curiosidad se apodera de esta opositora sin remisión.

—Como a medio kilómetro, en la playa del Camarón. Aunque es muy grande no se aprecia desde aquí porque es transparente, ya le digo que es algo muy raro. Si piensa acercarse tenga mucho cuidado —sin decir más, se marcha tan rápido como llegó.

Un OVNI en la playa, vaya novedad... Seguro que se trata de alguna mercancía desprendida de un barco o un avión militar de la base de Estados Unidos en Rota... Aunque, según dijo, bajó del cielo; bueno, también cabe la posibilidad de que el buen señor haya sufrido un cuadro esquizofré-

nico agudo y el perro esté muy asustado al ver a su dueño de esa guisa; ¿y si ha tomado demasiado el sol y está alucinando?... Mejor ando medio kilómetro y salgo de dudas... Lo mismo todo se queda en un ONI (objeto no identificado), porque lo de volador parece que no le pega: si ha caído no vuela... Por Dios, cuántas tonterías se pueden pensar en un momento; venga, Lola, acelera el paso e investiga el asunto, que puedes no encontrar nada de nada y le estás dando vueltas a algo inexistente; disfruta de la novedad y del mar... ¿Y si existe y es algo divertido?... Venga, sigue a este ritmo que en cinco minutos deberías verlo.

Puedo verlo... Sí, es translucido, tendrá unos cuatro metros de alto por un metro de ancho, termina en un triángulo, no creo que tenga más de tres centímetros de grosor... A ver... Ya estoy a unos cuatro metros del ONI... Extraño sí que es, incluso podría haber pasado desapercibido durante el paseo si el señor no me hubiera abordado... El objeto deja ver todo el entorno a través de él... Qué curioso, yo diría que es un hexágono, siempre y cuando la parte del objeto que está clavada en la arena tenga la misma forma que la que asoma... Ya estoy en la zona circundante de tres metros: silencio, absoluto silencio, es algo mágico, no me causa temor; al contrario, siento una paz infinita, tanto es así que voy a sentarme en la arena para contemplarlo y disfrutar del maravilloso silencio que regala...

Ahora cierro los ojos y, de no ser por la claridad que mis párpados dejan pasar, estaría en un total vacío; tampoco siento frío; para ser enero y estar sentada sobre la arena húmeda, la sensación es placentera... He perdido la noción del tiempo... En el reloj de pulsera han pasado solo diez minutos, diez minutos que podrían ser horas, al menos así lo siento... Voy a levantarme y salir del trance; esperaré a la Guardia Civil fuera del radio de acción del ONI.

—¡Dios, qué susto me ha dado! —el señor del perro toca mi espalda para avisar de su presencia.

Las palabras se desvanecen: he intentado hablar, pero no he podido articular palabra... Sigue el silencio... Ahora el señor coge mi brazo y los dos nos alejamos unos metros de lo que pudiera ser un hexágono científicamente incomprensible... El reencuentro con el rítmico vaivén de las olas me está permitiendo regresar a la realidad.

—He avisado en el cuartelillo y dicen que vendrán en cuanto puedan, que tienen “un tráfico” y que después del atestado se acercan. Para mí que no se han creído nada de lo que les he dicho...

—Tampoco es extraño que no le crean, yo misma tuve dudas y si no lo veo no lo creo...

—¿Se encuentra bien?... Está pálida y...

—Pues si usted se hubiera visto cuando me estaba contando todo el asunto... Usted ya ha recobrado su color, espero que en unos minutos vuelva el mío. No se preocupe, estoy bien —no sé su nombre, debo preguntárselo—. Por cierto, yo soy Lola, ¿y usted?

—Benito, Benito Rodríguez —extiende su mano para formalizar la presentación.

—Lola Caro —estrecho su mano con cordialidad.

—Bien, pues habrá que esperar a la Benemérita. ¿Se ha fijado?, Lolo ha vuelto a la normalidad y mueve la cola con alegría; me tenía muy preocupado —se inclina acariciándole la cabeza a su mascota; a pesar de que se muestra mucho más tranquilo, el tic nervioso persiste.

—Es un perro algo gruñón, pero ahora parece que nos estamos haciendo amigos. ¿Qué demonios será ese cristal y ese silencio que lo envuelve? ¿Entramos otra vez a ver qué tal? Podemos experimentar con él mientras vienen del cuartelillo, he pasado unos minutos muy agradables cerca del objeto. Por cierto, ¿qué hora es?, veo al sol mucho más bajo que cuando entré y mi reloj indica que solo han pasado quince minutos.

—Las cinco y media.

—Imposible, si me acerqué al objeto sobre las tres y media. No puede ser...

—Pues ha estado usted bajo sus efectos casi dos horas. Quizás esa cosa cambia el tiempo. Podemos acercarnos antes de que suba la marea y lo comprobamos... Ah, ahí viene mi mujer con su amiga Regla... La he avisado para que no se pierda algo así, aunque estaba cuidando a su madre enferma. O, cariño, ven y mira qué cosa tan chula —grita agitando la mano y las anima a que aligeren el paso.

Estas amigas hacen una pareja asimétrica e incluso extravagante... Qué dúo tan curioso: la una, pequeñita, casi como una muñeca, sí, me recuerda a la muñeca Rosaura que tenía mi hermana, incluso sus andares bamboleantes se le asemejan; la otra, alta, muy alta, yo diría que llega a los dos metros, elegantemente vestida y además anda por la arena como por una pasarela de alta costura.

Aquí estamos los cinco paseando alrededor del enigmático cristal y planificando la estrategia para comprobar la distorsión en el tiempo... Estoy incluyendo a Lolo en el grupo, parece que el perro es también parte fundamental: no para de seguirnos como si él estuviera colaborando en la toma de decisiones... Benito decide quedarse fuera con el perro... Pues nada, entramos las tres mujeres en el radio de acción del objeto... Todas llevamos reloj y tenemos dos teléfonos móviles con los que comenzamos a hacer cientos de fotos; a ver qué pasa... Pues nada, pasan dos minutos de silencio... Por lo

menos logramos comunicarnos con el movimiento de los labios y las señas, poco más... Ya nos decidimos a salir... ¡¿Cómo?! ¡No puede ser!... Benito nos dice que han pasado veinte minutos... ¡No me lo puedo creer!... ¡Madre mía, en qué lío me estoy metiendo...! Uy, ya llega el cuatro por cuatro de la Guardia Civil... El mar casi roza el cristal; cuando suba un poco más la marea, no sé qué pasará... Una retirada a tiempo es una victoria... Cuando esto se sepa, toda Chipiona se va a acercar a ver el ONI y la playa va a estar más concurrida que en el mes de agosto... Mejor me voy; además debo centrarme en el estudio; dejemos a los científicos y a los organismos oficiales que se encarguen de dar una explicación al hexágono y su influjo... He tenido la suerte de conocerlo y vivirlo, con eso me basta.

—¡La Virgen!, creo que el que viene es el cabo Puñetas, estamos “aviaos” —O, la amiga pequeñita, parece que no tiene en gran estima al benemérito.

Desciende del vehículo un hombre fornido, muy, muy fornido; su firmeza al andar hace que toda la playa tiemble, da la sensación de que un tanque se aproxima hacia nosotros.

—Buenas tardes, soy el cabo Ramos; a ver, ¿qué puñetas pasa aquí? —ahora entiendo lo del apodo—. ¿Qué puñetas es eso? ¿Quién ha puesto

ahí ese cristal? ¿Qué pasa, que ya se acerca el carnaval y empezamos con el cachondeo? —con gesto marcial le indica a su compañero que salga del coche—. Fernández, venga, entre todos podemos retirar ese cristal de la orilla antes de que suba la marea.

—No, no, no se acerquen, que no es ninguna broma, deje que...—Benito me interrumpe.

—Pero, Ramos, hombre, tenga cuidado, que la cosa no va por ahí, que este es un objeto que ha venido desde el cielo, que yo lo he visto caer...

—Ni cielo ni puñetas, esto se quita de aquí ahora mismo, lo dejamos tendido en la arena, fuera del alcance del agua, y mañana nos lo llevamos con el tractor del ayuntamiento al punto limpio. Bastante tenemos con el contrabando de maría y otras malas yerbas como para que ahora me enreden con este pedazo de plástico. Ni cielo ni puñetas. Vamos, Fernández.

No tienen ni idea de lo que están haciendo... Madre mía, sujetan el cristal entre los dos e intentan extraerlo de la arena empujándolo de un lado al otro... ¿Será posible que no se den cuenta de que no se oye nada y de que no pueden comunicarse entre ellos?... Ahora, ahora se han dado cuenta, se apartan del ONI gesticulando, intentando gritar para entenderse; minuto y medio que para los cinco espectadores ha sido un cuarto de hora...

Vienen hacia nosotros. Hemos mantenido una distancia prudente y hemos estado aguantando la risa. Creo que lo mejor va a venir cuando el cabo Ramos dé su versión de lo ocurrido y creo que me quedo hasta el final a pesar de las oposiciones, porque esto es un pasillo de comedia y no me lo pierdo por nada del mundo, ni por el INSS. ¡Madre mía, qué caras traen!

—¿Han resuelto ya el enigma? —Regla se dirige a ellos con sarcasmo.

—¿Qué enigma ni puñetas? Esto es algún prototipo que se les ha caído a los americanos. Vaya marrón que tenemos. Ahora me toca llamar al mando y aquí se va a armar la de Dios en Cristo. Fernández, acordone la zona de inmediato.

—Pero, mi cabo, si la marea lo está rodeando por completo y en nada de tiempo estará cubierto hasta la mitad. Aquí lo único que se puede hacer es montar guardia para que nadie se aproxime. Tendremos que turnarnos hasta que los mandos decidan y, en todo caso, establecer una zona acordonada móvil en función de las mareas —la cara de resignación que pone dice mucho de lo paciente y amable que es con su superior.

—Eso, eso es lo que quería decir, puñetas. Voy para el cuartel y organizo todo el operativo. Estamos en contacto. Ah, y a ustedes cuatro ni se les ocurra acercarse al plasticucho ese. ¿Entendido? Fernández, tómeles declaración y apunte sus datos

personales. Ustedes no digan nada de nada a nadie. ¿Entendido? —todos asentimos—. Qué puñetería, a un mes de la jubilación y tiene que pasarme esto, con el lío de papeleo que acarrearán este tipo de cosas... —ya se aleja refunfuñando.

Fernández comienza a comentar su experiencia de inmediato, está deseoso de contrastarla con nosotros, pero espera a que se marche el cabo... Por una vez todos estamos de acuerdo en que el objeto puede ser extraterrestre; coincidimos en que la ciencia militar americana no puede estar tan avanzada como para crear una distorsión en el tiempo tan llamativa... Se ha puesto el sol y el frío y la humedad hacen mella en el grupo, pero nos resistimos a alejarnos del hexágono y dejar solo al guardia civil... El agua avanza y, con la pleamar, únicamente se pueden ver unos dos metros del cristal... No me está gustando nada tener que dar nuestros datos, pero si queremos marcharnos lo debemos hacer... Ya la oscuridad no deja ver al ONI, salvo que se use la linterna de los móviles... Según parece, una patrulla se encargará de dar el relevo a Fernández en media hora, así que decidimos abandonar la playa.

Caminamos hacia el santuario de Regla en silencio... Creo que nadie sabe qué decir: ha sido algo tan asombroso... Los haces de luz del faro y el lejano parpadeo de Salmedina nos acompañan

hasta que tomamos la avenida de Nuestra Señora de Regla para dirigirnos al centro del pueblo: los cuatro vivimos en esa zona... Llegamos a la altura de la Cooperativa Católico-Agrícola y, claro, cómo no iba a ser así, por unanimidad decidimos hacer una parada para tomar una castora de vino y entrar en calor... Desde mi punto de vista, pasar por delante de esta bodega y no entrar a tomar cualquiera de sus buenos vinos es un pecado mortal... Aquí se reúne medio pueblo y es un lugar muy agradable, sobre todo cuando su parra está frondosa y matiza la intensidad del sol en verano... Ahora toca intercambio de números de teléfono... Qué rica está la manzanilla, aunque el moscatel tampoco le anda a la zaga... Estar apartados del resto de los clientes y hacer corrillo en torno a un barril ha sido muy buena idea... Qué mareo, entre el vino y seguir dándole vueltas a lo acontecido voy a terminar tarumba... Regla tiene muy claro lo que va a hacer, porque conoce a un periodista en Sevilla al que le debe un favor de sus tiempos de miss... ¡Claro, ahora caigo, es Regla Martín, la famosa miss España de los años noventa!... La verdad es que lleva razón: esto se va a saber en breve, y si su amigo es un buen periodista, mejor que mejor, porque ella quedará muy bien y ha garantizado nuestro anonimato, al menos eso esperamos... Dicho y hecho, ya está llamando a su amigo y dando una pulcra y objetiva descripción del fenómeno... Uy, uy, uy... En dos horas estará

en Chipiona con un cámara para cubrir la información... Esto se está calentando demasiado, tanto el ambiente como el estómago; es que dos castoras sin comer dejan el estómago pidiendo que le echen algo sólido...

—Me retiro: estoy cansada y no quiero tener nada que ver con la prensa. Mañana nos llamamos y nos damos las novedades.

Tomaré algo en cualquiera de los bares de la calle Padre Lerchundi y para casa. ¡Madre mía!, qué acidez de estómago... Un montadito de algo, por favor, Lola, échate en el cuerpo un montadito de cualquier cosa.

Las dos de la mañana y sigo cabeceando el sueño... Vueltas y más vueltas convierten la cama en un nudo de sábanas; ahora giro hacia la derecha, ahora giro hacia la izquierda, ahora me levanto a tomar un poco de agua, ahora me acuesto no sin antes estirar la ropa de cama... Imposible sacar de la cabeza la experiencia del día de ayer. Pero hay otro motivo que ocupa mis pensamientos: el grupo de seis personas que nos hemos reunido en torno al hexágono, cada una con una disparatada idea del origen y la intención del ONI, porque, aunque el

que sea un objeto extraterrestre es denominador común, cada una tiene su versión. Para O, es una pieza de un platillo volante que se ha desprendido; para Benito, es un cristal de otro planeta transportado hasta la Tierra para iniciar el contacto con sus habitantes; para Regla, es una puerta a otra dimensión que aún no sabemos utilizar, un regalo de otro mundo; para Fernández, es parte de un meteorito; para Ramos, ya sabemos que es un prototipo militar americano; para mí, puede ser cualquiera de las cinco versiones expuestas, aunque también sería interesante conocer lo que tiene Lolo en la cabeza, porque los perros poseen un buen instinto y, si ha estado dos horas con el rabo entre la patas, por algo será.

Otra cabezada y otro vaso de agua. Nunca he bebido tanto por la noche... El efecto del vino y del hallazgo playero están haciendo de la noche un vaivén de conjeturas y locas ideas: ¿y si hemos sido expuestos a una radiación mortífera?, ¿y si nos controla la mente?, ¿y si interviene el CNI y nos retienen para estudiar los efectos del hexágono?, ¿y si mi cerebro ha dado un salto cualitativo y, con un simple vistazo al tocho de las oposiciones, soy capaz de sacar el número uno en el examen y elegir una oficina del INSS en una ciudad cálida de la costa?, ¿y...? ¡Por Dios, vaya noche y vaya diarrea mental que tengo!... Las cuatro y media de la madrugada, voy a por el tercer vaso de agua y a hacer un pipí...

Uf, la taza del váter está helada, mejor me doy toda la prisa que pueda en terminar de evacuar... Vaya seis personajes para un hexágono de película de ciencia ficción... Una nueva vuelta entre las sábanas para nada: sigo sin conciliar el sueño.

O y Benito son una pareja muy entrañable: él, tan gordito, con esos mofletes como los de un bebé, esos que dan ganas de tomar entre los dedos y acariciar, y con ese tic del ojo izquierdo incesante, que incluso puede crear estrés en quienes lo ven; ella, tan bajita, tan risueña, con un lenguaje en ocasiones soez que, saliendo de su boca, no produce rechazo ni da la sensación de insulto. Un prejubilado de banca y una ama de casa tan enamorados del mar que decidieron retirarse del bullicio de la ciudad y vivir en Chipiona. Además, tienen dos hijos estudiando ya en la universidad. O es muy parlanchina y nos ha contado media vida en un santiamén; es de admirar la capacidad de comunicación que tienen algunas personas; hasta nos ha contado todo el proceso de la enfermedad de su madre... Yo, soy incapaz de dar tanta información en tan poco tiempo... ¿Y dónde dejamos a Regla?, la miss España de 1992, la que luego fuera modelo internacional, la casada con un torero de esos que te ponen la cornamenta por costumbre profesional, la divorciada y vuelta a casar con un actor de esos que también se prodigan en camas ajenas a las del matrimonio, la que de repente se retiró y no se